

–Buen día. Venimos a una entrevista con la licenciada Llanos.

–Un momento, ya le aviso. –La recepcionista los anunció a través del intercomunicador.

Los recién llegados, dos hombres y una mujer, ya conocían el lugar: lo habían visitado cuando estaban eligiendo geriátrico para su madre.

–¿Ustedes son los familiares de Adela Flores? –preguntó una cabeza con rulos rubios que se asomó a la recepción–. Por favor, acompañenme –les dijo luego de que se pararan los tres a la vez.

Entraron los cuatros a un despacho pequeño pero acogedor. Aunque estaba prendida la lámpara, una ventana que daba al parque del establecimiento era la principal fuente de luz. No había escritorio, sólo una pequeña mesa ratona y unos sencillos y cómodos sillones. La licenciada Llanos se sentó en uno de ellos y, con un gesto de sembrador, de cuando aún no se habían inventado las sembradoras, invitó a sus acompañantes que eligieran a su gusto. Una vez todos sentados, se presentó:

–Soy Isabel Llanos, la psicóloga de la institución y la que hace las entrevistas de admisión.

–Sí, nos llamaron para avisarnos que se produciría una vacante y que teníamos que venir a una entrevista con usted –dijo la mujer del grupo.

–¿Qué relación tienen ustedes con Adela?

–Somos sus hijos –respondió por todos la mujer.

–¿Vinieron todos? Excelente. Apreciamos mucho admitir a ancianos con fuertes vínculos familiares.

Los tres hermanos se miraron entre sí. Probablemente no esperaban esa definición de la relación de ellos con su madre, pero no tuvieron mucho tiempo para analizar la situación ya que la psicóloga continuó:

–Quizás les resulte un poco raro, pero para recibir a su mamá como residente es necesaria esta entrevista. Necesitamos, además de sus datos personales y antecedentes médicos, los rasgos más salientes de su vida familiar y social.

–¿Usted nos pregunta? –quiso saber uno de los hermanos.

–Sí, yo les voy preguntando. Igual, ustedes me agregan todo lo que consideren importante, ¿está bien?

Los tres asintieron, más por gestos que con palabras, que estaban dispuestos a comenzar. La licenciada Isabel Llanos abrió su cuaderno, lapicera en mano, hoja en blanco, y levantando la mirada preguntó:

–¿Cómo se llaman ustedes?

La entrevista fue recorriendo distintos lugares de la vida de Adela desde el punto de vista y el conocimiento que sus hijos tenían de ella. En un momento Isabel les ofreció café. Ya había transcurrido más de una hora y se los veía un poco cansados.

–Los directores del establecimiento creen que la única manera de darle a cada anciano un servicio a la medida de sus necesidades es conocer su historia –dijo Isabel, con cierto aire de disculpa, mientras pedía que le trajeran café para los cuatro.

Al promediar la entrevista había quedado claro que se trataba de una abuela de 88 años que había vivido los últimos catorce con la familia de la hija. Cuando fue adentrándose en los ochenta comenzó a estar menos comunicativa, aun con sus nietos. La familia relataba que en los últimos dos años había acentuado su aislamiento y ya casi era imposible mantener conversaciones con ella: se limitaba a reproducir monosílabos

durante largos minutos y hasta se hacía difícil incorporarla a actividades familiares como fiestas, salidas o simplemente a una charla amena sobre los temas cotidianos.

El caso es que los tres hermanos habían coincidido en intentar ofrecerle a su madre un lugar donde quizás estuviera más cómoda en su aislamiento, con pocas esperanzas de que volviera a ser la que fue.

–La vida... Nadie se escapa de los años –dijo expresivamente el que aparentaba ser el mayor de los hermanos.